

Dispendio en Armas

MacNamara, Pacifista

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

ROBERT S. McNamara es presidente del Banco Mundial. Con ese carácter, rindió ayer un informe a los gobernadores de la institución, reunidos en Copenhague. En su mensaje, McNamara expresó que "no podemos permitir que la tarea fundamental de lograr el desarrollo de las naciones subdesarrolladas fracase por falta de recursos... Hoy en día, en el mundo se destina anualmente la suma de 180,000 millones de dólares (2.250,000.000,000 pesos) a lograr la supuesta seguridad que pudiera ofrecer una carrera de armamentos sin fin, y esa cifra aumenta constantemente.

"Sería trágico —añadió— que los países desarrollados vacilasen en mantener aún el actual nivel, 7,000 millones de dólares (87,500 millones de pesos) de la ayuda oficial externa. El que se destinen fondos veinte veces mayores para fines militares que para fines constructivos de progreso me parece un síntoma de una locura que, me temo a veces, es incurable. Si sólo se destinara para fines de desarrollo el 5 por ciento de los fondos que actualmente se gastan en armamentos, estaríamos muy cerca de lograr la meta establecida por la Comisión Paerson para la ayuda oficial para el desarrollo".

Un alegato contra la carrera armamentista, semejante al anterior, se produjo en Pátzcuaro al comenzar este mes, cuando un funcionario de la UNESCO, Waldemar Cortés Carabantes, estableció la diferencia entre el gasto militar y la inversión para educación a través del organismo al que sirve. Las cifras dadas en Dinamarca por McNamara contribuyen a subrayar esta locura.

Pero he aquí que Robert S. McNamara, presidente del Banco Mundial, es el mismo Robert S. McNamara que fue secretario de la Defensa en los gobiernos de John F. Kennedy y de Lyndon B. Johnson. Como tal, fue autor de la "escalada" en Vietnam y ejercedor de presupuestos que se ejemplifican con las cifras de 1963, 1965 y 1966; 92,642 millones de dólares; 96,507; y 106,978 millones de dólares.

Con lo cual, la disyuntiva es saber si McNamara ha cambiado su pensamiento acerca de la fuerza militar, o sus declaraciones en Copenhague sólo han sido para el consumo de almas ingenuas que desean la paz.

Acuerdan Reestructurar la Facultad de Derecho

Los presidentes de los colegios de profesores de las distintas facultades de Derecho, con el propósito de coadyuvar a la reestructuración de la Facultad de Derecho, se reunieron con el futuro director

EXCELSIOR

PAGINA EDITORIAL

MARTES 29 DE SEPTIEMBRE DE 1970

Gamal Abdel Nasser

LA vasta labor pública de Gamal Abdel Nasser tendrá que ser justipreciada a la luz de lo que ocurre en Egipto, ido su constructor. Pero ya hoy debe intentarse un rápido recuento de la obra del modernizador del noreste africano.

Imbuído de un recio espíritu religioso —que concilió con su vocación social— el coronel Nasser formó parte del grupo de “oficiales libres” que derribó la monarquía egipcia en 1952 e instauró, al año siguiente, la República. Asumió el mando en 1954, en lo que pareció el comienzo de una serie de cuartelazos, característicos de los países recién llegados a la libertad. Pero impregnó de nuevos tonos a su política liberó a su país de la postración colonial en que había estado sumido por siglos y lo puso a la cabeza del mundo árabe, en lucha tan dramática como contradictoria. Paralelamente, en Bandung, contribuyó a la toma de conciencia del Tercer Mundo.

Nasser dio su nombre a una nueva actitud de los militares: el nacionalismo populista, que en Egipto pronto devino en capitalismo de Estado. Su propósito fue sustituir la estructura económica y social de la colonia por otra apta para el desarrollo independiente. Mientras las tensiones internacionales le fueron propicias, el líder árabe quiso mantenerse equidistante de las potencias. Sólo cuando en ejercicio de su derecho arrebató el Canal de Suez a Inglaterra, sus nexos con Occidente se quebraron sin remedio.

Aparte las realizaciones materiales, dieron el tono a la gestión de Nasser sus esfuerzos hacia el panarabismo. Aunque la República Árabe Unida que él forjó se diluyó entre los ácidos de la transacción política, horas antes de morir el Presidente egipcio encabezaba, en

su propia nación, una junta cumbre de los ismaelitas, para poner fin a la lucha intestina en Jordania.

Cabeza de un régimen autoritario, Nasser fue sin embargo un agudo organizador social. Estableció en Egipto el partido único, instancia política necesaria en los comienzos de un país en crecimiento —cuyo riesgo es no saber cuándo ponerle fin— a pesar de lo cual no perdió su identificación con el pueblo, manifestada cotidianamente, pero de manera particular en dos ocasiones: cuando aferrado sólo a su concepción autonomista se enfrentó a las potencias, al apropiarse del Canal de Suez; y cuando, derrotadas sus fuerzas en la Guerra de los Seis Días, presentó su dimisión, temeroso de que el fracaso le hubiese restado el apoyo popular. Este se manifestó de nuevo y el Presidente egipcio continuó en el poder.

Si un factor que motivó el derrocamiento de Faruk fue el desastre de Palestina en 1948, no fue extraño que Nasser se convirtiera en campeón de la lucha contra Israel. Pero, estratega hábil, mostró flexibilidad suficiente para intentar negociaciones, como lo muestra su reciente aceptación del Plan Rogers para la pacificación del Medio Oriente.

Seguramente habrá tintas oscuras para completar el trazo de lo que fue Nasser. Quede hoy aquí, sin embargo, la evidencia de que se trató, por encima de todo, de un luchador en pos del mundo nuevo que había concebido. Vivió y se sobrepuso a desastres. La Guerra de los Seis Días fue el más amargo de todos. Al lado de la gesta de Suez figurará como la sombra en el perfil de un hombre que como los de su estatura, verdaderamente grande, supo de todo. No hay grandeza sin fracasos. Nasser los conoció.